que coloqué, con todo su contenido heterogéneo y variopinto en el número 9 de, literalmente como ella la denominó, “esa guarrería de intento de índice que lleva usted” a la espera — o “en la muy remota esperanza”, cuando por causa de un estado de ánimo cambiante me sentía desalentado — de encontrar algún sentido a todos aquellos objetos.

Pero un día ocurrió, un día me vino a las manos este papel.

Transgresiones de la sensibilidad

El inductir,

¿Qué hacía ahí ese gato?

– Pues, ya lo ve — me contesto ella tan serena cuando agarré el teléfono y se lo pregunté —; mirar asustado a alguien que le está haciendo una foto.

– Eso ya lo veo, sí; lo que no entiendo es por qué está en un papel que tengo en este momento en la mano. Pensé que usted debería saberlo.

– ¿Yo debería? ¿Yo estaría obligada a, o es tan solo una suposición de usted? A menos, claro — marcó una de sus pausas, para encender un cigarrillo no con el habitual chasquido de mechero sino con una cerilla que hubo de frotar varias veces en el raspador que le arrancó un ¡jodidas cerillas! —, a menos, claro, que esté usted queriendo significar que se ha sentido obligado a informarme de que el gato está ahí.

– Lo que quiero decir concretamente es que imaginé que usted sabría…

– Ah. Que debería de saberlo. Si. Podría saberlo, es verdad, cabría la posibilidad y usted es muy amable por suponerme tan lista; pero no tengo, y lamento decepcionarlo, ni la más remota idea.

Y me despidió con un “y ahora tendrá que disculparme, pero es que me estoy haciendo todo el pis del mundo” para, de inmediato, “ah, borre eso, que se me ha escapado; quise decir que debo acudir, de inmediato, al tocador”.